

## ¿Cómo me dijo que se llama...?

Henry A. Petrie

Me dirigí a Estelí en busca de tres firmas. En la Asamblea General de ACIC cometimos un error y hubo que anular el acta levantada en León, hacer una nueva con todos los datos que se habían omitido en la anterior. Para estar en cumplimiento cabal de nuestras obligaciones ante el Ministerio de Gobernación, dediqué toda una jornada de viajes hacia los lugares de origen de los asambleístas; cada uno debía estampar su firma en el libro de actas.

En varios viajes ha surgido algo que, de pronto, al escribirse, el lector podría darme el crédito de buen inventor. En realidad, he llegado a entender que el creador fluye de la realidad a la ficción y de esta a aquélla, haciendo amalgama.

Dirán que como escritor exagero. Pero nada. Sucede que los hechos ocurren, se articulan y la mente también viaja. Surge la historia, sobre todo cuando los viajes resultan amenos o interesantes, al margen de mi voluntad. Hay hechos que son alucinantes.

A Estelí llevaba un cometido, encontrarme con Helen Cristina, Carlos José y Federico. Jamás salí de la Cotrán sur, solo iba al saludo, la conversación brevísima, la firma y de regreso a Managua. Lo ocurrido en el bus fue más intenso y extenso que mi estadía en este sitio. Mi lectura acostumbrada fue interrumpida por una rara propuesta de conversación que resultó un trago amargo con caramelo, o algo parecido.

La señora iba sentada a mi izquierda profundamente dormida. Yo en ventana y ella en pasillo. Sus ronquidos provocaban risas de pasajeros cercanos. La llevaba al oído, pero mis andanzas en estos buses me han hecho más tolerante, concentrándome en el libro. Luché por no taparle su boca para que no siguiera en su nacatamalera.

El bus avanzaba y yo leía. A la altura de Sébaco, justo al girar hacia Estelí, su cabeza se posó cómoda en mi hombro. Suspendí, cerré por un momento el libro, traté de girar mi cabeza para verla. No pude. Sus cabellos acariciaban mi cachete izquierdo. El bus, después de una breve parada, continuó. La dejé soñar su nacatamalera con mi oído izquierdo al borde de la sordera. Lo permití, no hice movimientos que la molestaran por aquello del abuso o acoso sexual, aunque enseguida lo pensé al revés, aquella mujer me llevaba jodido con su ruidoso sueño. Y, sin embargo, para ver cómo concluía aquello, la dejé proseguir.

Me hice a la idea de que se trataba de una conocida muy cansada, que había encontrado en mi hombro su descanso. El bus se detiene en La Trinidad, de aquí es Carlos José, ¿ya habrá marchado hacia Estelí?, me pregunté. El bullicio de vendedores la despertaron. Me quedé tranquilo, sin moverme, no vaya a ser... Cuando percató dónde había reclinado su cabeza, se asustó. Me ve con extrañeza y, en vez de disculparse o agradecer, me dijo que la vida estaba hecha un rollo agitado y muy desprendida de dios, porque «nuestro señor Jesucristo vino al mundo para darnos paz y salvación, pero el hombre de hoy se está perdiendo. ¡No! ¡Ya está perdido por su codicia, borrachera y lujuria!» Yo la atendía por cortesía o educación, esperando diera punto final. Pero, qué va, prosiguió:

—Ya ves, cuántos hombres han matado a sus mujeres, no respetan a madres ni a hijas, también las violan. ¡No, si esto ya está podrido! Pero nuestro señor Jesucristo ha comenzado a cobrárselas... ¡Y muy feo! Él hará del mundo pinolillo, ya verá usted. ¿Cómo me dijo que se llama o lo llaman?

—No le dicho mi nombre, señora —respondí.

—Aaah... A pues yo soy Terencia y nací en Teoste. Hasta allá voy y vengo de donde mi pastor de Managua. ¡Uy, muchos carros allá! ¡Cómo se tragan la ciudad esos chunches! Pero, ¿cómo me dijo que se llama o lo llaman?

Continué en mi negativa. La escuchaba por interés psicosocial, en mi mente grababa sus palabras y expresiones, mientras el bus pasaba la Kukamonga, sus curvas siempre me han parecido las más pronunciadas del mundo.

—Pero vea usted, ya no recuerdo su nombre. No importa. En la gracia del señor debe estar y si me equivoco mejor me lo dice para que nos pongamos de acuerdo y lo lleve a las puertas del cielo —dijo.

—No, señora, tranquila. No hay necesidad de gracias de nadie ni de cielo. Estoy bien.

—No mi varón, no es así, porque de sus costillas sacó dios a la varona así como yo, ¿me está viendo bien? No diga esas cosas que cualquiera que lo oiga dirá que usted es un blasfemo y siento lo buena gente que es. Mire usted que ya estamos llegando a Estelí, ¿hasta dónde va usted?

—Por la gracia de su señor, justo ahí mismo —le respondí.

—Pero no diga que solo es mi señor, porque también es muy suyo y espero que me lleve con bien hasta Teoste.

—¿Teostecacinte?

—Sí, como lo oye, voy hasta allá viniendo de un encuentro con mi señor en Managua —dijo sintiéndose dichosa.

—¿Su señor estuvo en Managua? No me di cuenta, señora.

—Terencia, Terencia para usted... ¡Ay, ya olvidé su nombre!, pero dentro de poquito lo recuerdo, no me diga... ya verá que sí. Pero vea usted, eso que no sepa que mi señor tuvo un encuentro no me gusta, ya se lo he dicho al pastor de mi iglesia que suene las trompetas para que sepa todo el mundo. Todos debemos estar con mi señor —dijo un tanto enojada.

—¿Las trompetas de Jericó? —pregunté malicioso.

—Vaya que usted sí sabe. Usted tiene una buena estampa, mejor que la de mi pastor, si lo fuera yo me quedara con usted, porque el pastor que tengo ya me cambió con una joven. Ya sabe cómo son esas cosas, pero a mi pastor le está permitido que encarrile a las ovejitas que han andado en malos caminos y yo, pues, en Teostecacinte con mi viejo me las resuelvo. Es un buen hombre, pero viera qué desmandado es con sus obligaciones, dice que se las pego con mi señor, pero no es así... mi devoción es tanta que hago estos viajes una vez al mes por un fin de semana completo y regreso lunes, como hoy, muy en paz en la gracia del divino.

La terminal de buses estaba cercana. Anuncié mi parada al ayudante del conductor y me dispuse a salir. Ella me observaba con atención y cuando le pedí su permiso para salir, tomó mi mano izquierda, y dijo:

—Espero verlo en Managua para que me lleve a su iglesia que yo encantada hago viaje desde Teoste...

La observé. Sus cabellos estaban despeinados.

—Mire mi rey, el teléfono del reino de los cielos es el... —pronunció el número como carreta en bajada. La parada estaba pronta y me solté de inmediato, sin más palabras que el Que le vaya bien, señora.

Cuando bajé y subí las gradas hacia la Cotrán sur al encuentro con los compañeros de ACIC, volví la vista al bus que continuó camino hacia Ocotál. Al poco tiempo apareció Carlos José, tres o cuatro minutos después Helen Cristina, buscando por todos lados al Petrie. Y quince minutos más tarde, Federico.

Disfruté el encuentro de pocos minutos con mis compañeros y enseguida entré al bus de regreso a Managua, abrí mi libro y de pronto, ¡Por todos los santos amigos de dios y del diablo! No puede ser...

Febrero, 2018.